

EL JURADO DEL PREMIO VALÈNCIA JOVE DE NARRATIVA, PRESIDIDO
POR EL DIPUTADO DE CULTURA DE LA DIPUTACIÓ DE VALÈNCIA
XAVIER RIUS E INTEGRADO POR LOS ESCRITORES
ALICIA GIMÉNEZ-BARLETT, CARE SANTOS Y SANTIAGO POSTEGUILLO
Y POR LA EDITORA EVA OLAYA, EN REPRESENTACIÓN DE EDICIONES
VERSÁTIL, ACUERDA CONCEDER DICHO PREMIO A LA NOVELA
LA CARCOMA, DE DANIEL FOPIANI.

INSTITUCIÓ ALFONS EL MAGNÀNIM-CENTRE VALENCIÀ D'ESTUDIS I
D'INVESTIGACIÓ, 15 DE JUNIO DE 2017.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).».

Título original: *La Carcoma*

© 2017 Daniel Fopiani

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

Fotografías cubierta © Shutterstock

1.^a edición: octubre 2017

Derechos exclusivos de edición en español

reservados para todo el mundo:

© 2017: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

ISBN: 978-84-16580-84-2

IBIC: FF

Depósito legal: B-23083-2017

Impreso en España

2017.- Estilo Estugraf Impresores S. L.

Pol. Ind. Los Huertecillos - nave 13

28350 Ciempozuelos (Madrid).

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Por estar conmigo en cada una de las palabras
de este libro, por no abandonarme nunca,
guiándome en cada paso que doy.
Por enseñarme a inventar historias.
Por ti, papá.

Prólogo de Benito Olmo

Llegué a La Alameda bajo un cielo gris y brumoso que poco se asemejaba al que solían mostrar las postales y los anuncios publicitarios que invitaban a pasar unos días en aquel paraíso del sur llamado Cádiz. Vislumbré a lo lejos al tipo desgarbado que me esperaba apoyado en la balaustrada como por descuido, con la desidia de quien ha decidido que aquel es su lugar en el mundo. Gabardina, brazos cruzados y una mirada celeste clavada en el horizonte. De no haberle conocido, habría pensado que estaba preguntándose si aquel sería un buen lugar desde el que arrojarle al vacío.

Cuando Daniel Heredia me vio llegar no me saludó. Ni falta que hacía. Nos tratábamos desde hacía tanto tiempo que ya habíamos traspasado el umbral de la cortesía y disfrutábamos de una amistad pausada e incondicional. Ambos compartíamos oficio como algunos soldados comparten trinchera, con la camaradería que otorga haber luchado hombro con hombro en tantas batallas.

—Llegas tarde.

Aliñó aquella frase con una sonrisa destemplada. Me encogí de hombros y me acodé en la balaustrada a su lado. Varias gaviotas chillaron en la lejanía, como si les molestase que las observara, y estuve a punto de gritarles que se metieran en sus malditos asuntos.

—¿Tienes algo para mí?

Lo preguntó sin mirarme, dando por sentado que no le habría hecho ir hasta allí si no se tratara de algo importante. Busqué las palabras con las que dar forma a todo lo que quería expresar, pero terminé reduciéndolo a una cuestión más simple.

—Fopiani.

Un parpadeo. Fue lo único que la mención de aquel apellido operó en su expresión, y por un momento temí que Heredia se largase sin más, al considerar que no estaba para perder el tiempo en tonterías.

—No le conozco —respondió en cambio.

—Pocos le conocen de momento, pero es bueno.

Aquello sí que le hizo reaccionar. Heredia desenfundó otra de sus sonrisas descafeinadas, flemáticas. La sonrisa de quien ha oído tantas veces el mismo chiste que por fin ha empezado a verle la gracia.

—Así que es bueno. Ojalá eso fuera suficiente.

Por cómo lo dijo, creo que más bien estaba reflexionando en voz alta, y que yo estaba siendo testigo de sus pensamientos de forma accidental. Algo en mi interior se alborotó y me pidió a gritos que tratara de sacarle de su error. Que le convenciera de que Fopiani era un tipo con mucho que decir y que, con el tiempo, habría mucha más gente que pensaría como yo.

—Solo necesita un poco de suerte. La actitud ya la tiene.

—¿Suerte? Entonces es cosa hecha.

Por si el sarcasmo no hubiera sido suficiente, lo sazonó lanzando un salivazo al mar. El escupitajo descendió una veintena de metros antes de difuminarse en la espuma de las olas que rompían contra la balaustrada. Escuché el chasquido del encendedor con el que Heredia acababa de encender un cigarrillo y, al volverme, le vi retener un momento el humo antes de expulsarlo.

—¿Para quién trabaja ese tal Fopiani?

—Versátil.

El desconcierto tomó posiciones en su rostro, y trató de disimular su azoramiento dando una nueva calada y desviando la mirada otra vez hacia el horizonte. Conocía a Heredia, así que no me costó imaginarme lo que estaba pensando: que los de Versátil eran gente que no se andaba con lindezas, y que si

no hubieran tenido la certeza de que aquel tal Fopiani era un caballo ganador, jamás habrían apostado por él.

—Gente seria —concedió.

Aquello era todo un cumplido viniendo de él, así que preferí guardar silencio y dejarle sacar sus propias conclusiones.

No le iba a contar que hacía tiempo que Daniel Fopiani había hecho méritos más que suficientes como para obtener aquel reconocimiento. Tampoco que Versátil se había hecho con los servicios de un tipo íntegro, currante y con un futuro muy prometedor. Heredia llevaba tanto en el negocio que ya no creía en aquellas zarandajas.

—¿Ha resuelto algún caso importante?

Por cómo lo preguntó, supe que ya no había vuelta atrás. Había conseguido espolear su curiosidad y, conociéndole como le conocía, supe que no iba a parar hasta averiguarlo todo sobre aquel recién llegado.

—Ha llevado un caso sobre relatos fraudulentos, carentes de forma contractual. Y otro sobre las diferencias de opiniones entre un escritor y un editor que terminó resolviéndose a punta de pistola.

—¿Resueltos de forma satisfactoria?

—Si no, no estaría aquí.

Me permití aquella bravata a la que Heredia respondió con un alzamiento de cejas con el que pretendía dejarme claro que estaba lejos de impresionarle.

Tampoco contaba con ello, en realidad. Yo, con mi recién estrenada licencia, tenía poco que contarle a él, la suya tenía tantas muescas como alegrías y decepciones se había llevado desde que comenzó en este negocio, allá por el novecientos antes de Cristo, más o menos. Daniel Heredia se había hecho un nombre a fuerza de trabajar duro, de mantener una fe ciega en un sector castigado por la crisis económica y de no arrugarse ni siquiera cuando las cartas venían mal dadas. Por eso

seguían contando con él desde algunas de las agencias más poderosas del país, para las que realizaba un trabajo eficiente y no siempre reconocido. Solía compararlo con aquellos tramoyistas que, desde la invisibilidad de las bambalinas, eran los responsables de la magia que sucedía sobre el escenario.

—Lo investigaré.

Si no le conociera habría pensado que Heredia me estaba dando largas. Que se había hartado de aquella conversación y me estaba despachando como se despide a un familiar cuya visita comienza a alagarse demasiado.

Sin embargo, había algo en él que me hizo darme cuenta de que era mucho más que eso. En la mirada azulada que pendía en el horizonte había una chispa de ilusión, tan tenue que tal vez solo la imaginé. Aun así, algo me dijo que iba a tomar en consideración mi advertencia e iba a seguir los pasos de Fopiani.

Satisfecho, me separé de la balaustrada y lo dejé allí, fumando y mirando al frente como si no tuviera nada mejor que hacer. Me alejé de Heredia, de los chillidos de las gaviotas y de las olas que batían contra la barandilla. No me despedí, ni falta que hacía. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que no necesitábamos tales muestras de cortesía.



Cádiz, Avenida Cayetano del Toro, 9 de mayo de 2001

Las cosas nunca salen como uno espera.

Pero la gente caminaba por la calle como si tal cosa. De forma despreocupada. Un pie delante y luego el otro. Un, dos, un, dos. ¿Para qué más? Comer, dormir y que a mis niños no les falte de nada. Y así hasta los ciento veinte años. Total. Aquella mañana Ramsés solo veía pasos seguros, firmes y directos que iban de un lugar hacia otro. Desde la perspectiva que le ofrecía la parada de autobús estudiaba —¿envidiaba?— esa pisada confiada que solo poseen aquellos que saben perfectamente cuál es su destino y que, además, conocen bien el camino.

La humedad vespertina caía sobre las calles como una manta y, sin que el sol apenas se hubiese asomado aún por la cima de los edificios, el humo de los motores ya viciaba el ambiente. Los ciudadanos —aquellos ruseñores a los que sí les salían las cosas como querían— peleaban por llegar a tiempo al trabajo, por vencer a la muerte un día más y unirse a la marabunta de seres rutinarios y madrugadores. Una madre guiaba la lechosa mano de su hijo camino de la escuela. Un taxista protestaba a ritmo de claxon mientras adelantaba a un señor en bicicleta. El de la bicicleta levantó el dedo anular mientras el vehículo de pago le sobrepasaba. Un hombre trajeado miraba la escena desde el otro lado de la calle a la vez que se acordaba de que en su muñeca izquierda llevaba un reloj de pulsera; lo miró y aceleró el paso haciendo resonar sus brillantes mocasines de triunfador por la acera.

Todos hacían su vida, todos tenían objetivos que cumplir.

Ramsés ni siquiera estaba seguro del autobús que iba a co-ger esa mañana. Probablemente acabaría haciendo lo de todos los días: se montaría en el primero que pasase para bajarse en cualquier parada cerca de un bar al que no le importase servir cervezas tan temprano.

Vivía deambulando por las tascas en busca de la cerveza elegida, de la birra milagrosa que le diese la respuesta que tanto necesitaba. Como si la solución a todos sus problemas se encontrase en el fondo de un vaso de tubo. Como si de un sorbo pudiese agarrar al cosmos por los cojones y adquirir sabiduría repentina; navegaba en busca de la cerveza mágica que parase el universo por un microsegundo y le mostrase la senda que tenía que seguir. La historia que necesitaba y que tanto le estaba martirizando.

No pasaba ni un autobús.

Aburrido, en el asiento de la parada cubierto por la marqueta, dejó de mirarse los cordones desatados de las zapatillas para observar el otro lado de la calle. Una baraja cerrada con claros tintes de óxido y orín daba seguridad a la famosa discoteca El Arrecife. Un pequeño perro callejero de color ocre que pasaba por la acera se acercó hasta la puerta del local. Primero husmeó un vómito solidificado a unos metros de la entrada y después empezó a comérselo meneando la corta cola hacia delante y hacia atrás.

Mientras esto ocurría, algo comenzó a vibrar en el bolsillo derecho de los pantalones.

—¿Sí? —contestó sin poder dejar de observar al perro dándose el festín.

—Ramsés, escúchame. —Con solo esas dos palabras pudo adivinar que Julio Sierra estaba hecho una furia—. Esto empieza a tener mala pinta. Has tenido tres semanas desde la última vez que te llamé. Dime que has recuperado fuerzas y que tienes adelantado algo de tu trabajo.

Oía la voz alterada de su agente literario al otro lado del teléfono pero no era capaz de volcarle toda la atención que se merecía. Su mente estaba centrada en aumentar su capacidad visual para ver en *Full HD* los tropezones de vómito que el perro relamía con total felicidad.

—Eh...

—¡Joder, Ramsés! A los de La Torre se les está acabando la paciencia. Hace casi dos años que no les presentas nada. Quieren una prueba de que estás avanzando y de que pronto les entregarás un manuscrito acabado. Has cobrado, macho. Has cobrado por adelantado y ni siquiera te has dignado a cumplir con tu parte del contrato.

—¡Me pondré a ello! Te he dicho que antes de agosto te entregaré un libro que a la gente le mole. Confía en mí.

—En agosto. Sí, ya... dos meses para escribir un *best-seller*. Poco más de sesenta días para terminar lo que no has empezado en dos años.

Desvió la atención del perro callejero después de las palabras de su agente. La cosa se estaba poniendo fea. De hecho, el asunto había comenzado a apestar meses atrás. Estaba poniendo todo de su parte, pero eso nadie lo comprendía. Hacía todo lo que estaba en sus manos para escribir, por escupir la novela que le había prometido a la editorial. Aquel contrato le había hecho el hombre más feliz del planeta: los primeros días se había sentido febrilmente animado; miserable y abatido cuando pasaron seis semanas y aún no había sido capaz de escribir ni una sola línea que valiese la pena. En su ordenador —un Pentium 4 de última generación—, encendido día y noche, el documento que había titulado *Primer borrador.doc* permanecía desesperadamente en blanco.

Vacío.

Y así había continuado durante el último año y medio. De buenas a primeras, es como si hubiese olvidado el oficio de

la escritura. Quizás, el síndrome comenzó porque su segunda obra, *A las puertas del cielo*, tuvo bastante aceptación. El bloqueo no debía de ser más que producto de la inseguridad al demostrar al mundo que aquello no había sido suerte. Que podía continuar en la línea. Que podría seguir gustando a los lectores. Una carga que empezaba a parecerle demasiado pesada. Una responsabilidad que le estaba estrujando contra el duro suelo de la realidad.

—Mira, Ramsés —continuó Julio—, nos conocemos desde hace mucho tiempo y me duele lo que te voy a decir, pero estoy seguro de que vas a comprender mi posición: es muy probable que si no entregas nada en unas semanas, aunque sea una muestra de que no estás acabado, me vea obligado a dejar de formar parte de tus proyectos.

—¡Pero qué dices! —contestó preso del pánico. Estaba convencido de que gran parte del éxito cosechado había sido gracias a la gestión y promoción que su agente literario había realizado con sus primeras obras—. Te estoy diciendo que lo conseguiré. Tendré el manuscrito finalizado después del verano. Te doy mi palabra. Haremos una buena campaña publicitaria: prensa, entrevistas en la televisión, expositores en las entradas de las grandes superficies... Ya sabes, funcionará.

—No lo entiendes. Eso podríamos haberlo hecho hace año y medio. Precisamente esa era la estrategia, aprovechar el éxito de tus dos primeras novelas. Pero el arroz se nos ha pasado. La gente empieza a olvidarse del joven escritor gaditano y va a comprarse los libros de otro. Si no le das tú lo que necesita, se lo dará el escritor que posa en las fotos con la mano en la barbilla, o el que se pone un fular estampado con florecillas en las firmas. Escribe. Si no, olvídate de todo el embrollo en el que nos metimos en el noventa y ocho. Ahora mismo, lo último que te beneficiaría es que la editorial rompiera el contrato con nosotros.

—Está bien, joder. Lo he comprendido.

La editorial Black Tower era la fábrica de hacer y vender libros más prestigiosa de todo el continente. Como tocado por una varita, había conseguido firmar su tercera novela con ella. Y, por si fuese poco, lo había logrado incluso antes de tenerla escrita. Habían visto en Ramsés Espinosa a un superventas, una mina de oro. Escritor con decenas de premios literarios a nivel internacional con solo veintinueve años. Una apuesta por un caballo que parecía el ganador, pero que se había parado a mitad de la carrera para cagarse de miedo.

—Bueno, Ramsés. Te dejo que tengo una llamada por la otra línea. Ya me contarás qué tal te va. Suerte. Ya sabes que después de todo, puedes contar conmigo para lo que necesites. Vamos, ánimo.

—Claro, claro.

Pulsó el botón rojo de su Nokia 3310 mientras buscaba con la mirada al perro zampador de vómitos. Se había ido y, allí donde antes había un charco de tropezones triturados color avellana, ahora había una mancha con tonalidades más oscuras con respecto al color grisáceo del resto de la acera.

Miró el reloj de su teléfono móvil.

Su autobús no llegaba.

Y el resto de los mortales seguía andando.

* * *

Cádiz, Calle de la Torre, 19 de mayo de 2001

Casi dos semanas más tarde, mientras el Cádiz C.F se jugaba tres puntos vitales para su ascenso a segunda división, Ramsés tuvo otra llamada. Sábado, ocho de la tarde. Los negocios no entienden de respeto, de días de descanso ni de fútbol. Estaba tan absorto en el partido que casi da un respingo en el sofá cuando el teléfono de su casa comenzó a sonar —teléfono

cuya línea estaba a punto de ser cortada por impago. Así se lo había asegurado por enésima vez una operadora con acento sudamericano—.

«Vas a tener que escribir, Ramsés. Ya no puedes seguir escondiéndote. Firmaste hace más de dos años ¡DOS AÑOS! Te has fundido el dinero y no has escrito ni una puta línea. Los de la editorial están hechos una furia, han perdido la paciencia. Yo también soy parte de esto, soy tu asesor, coño. ¿Y sabes lo que van a hacer con nosotros si no les entregamos nada? Pues ya te lo digo yo: querrán romper el contrato y lo harán por la vía judicial. ¿Sabes la repercusión que puede tener eso en tu carrera? Van a exprimerte hasta que no te quede ni para pipas. Adiós a tu maravilloso piso, a tu coche y al poco dinero que tengas ahorrado. Despídete de tu vida de escritor, porque ni se te ocurra pensar que vas a llegar a ser alguien en el mundo de la literatura después de dejar tirada a la mejor editorial del sector. Tienes eso clarito, ¿no? Te van a sangrar a base de bien y yo, querido amigo, no voy a estar ahí para verlo. No, no. Escúchame tú. No te recomiendo que trates directamente con la editorial. Al menos en la situación en la que te encuentras ahora mismo. Búscate la vida. Que no me cuentes historias. Que no. Mira, Ramsés, sabes que no es nada personal, pero yo también estoy haciendo carrera. Tengo que dar de comer a mi familia, y lo sabes. Como bien me llevas diciendo durante mucho tiempo, aún te quedan un par de meses para que cumpla la fecha del contrato y puedan llevarte frente a un juez. En fin. Te deseo toda la suerte del mundo. Venga. Que sí. De verdad. No te preocupes. Un abrazo».

Su equipo ganó aquella noche los tres puntos, acercándose a la posibilidad de ascender la próxima temporada. El comentarista gritaba en el televisor como si el mundo hubiese alcanzado la perfección absoluta, pero Ramsés ni siquiera pudo levantarse del sofá. Se quedó allí, con la mirada clavada en la

nada que se interponía entre la pantalla y sus pupilas. Sentía que el cerebro se le había apagado, como si se le hubiese quedado sin batería. Hasta luego, masa gris, escribe cuando llegues.

Cuando pasaron unos minutos comprendió que así es como debe quedarse uno cuando se sabe totalmente acabado.

* * *

Cádiz, Paseo Marítimo, 20 de mayo de 2001

—La cosa va mal, compadre. Creo que he tocado fondo. Me he convertido en un bebedor de día y en un borracho por la noche. Hace tiempo que he dejado de ser escritor.

—¿Pero qué me estás contando, tío? Vamos. Déjate de gilipollices y dale un trago a la birra.

Se habían sentado en la terraza de un chiringuito frente al mar. En la mesa había una copa con un dedo de vino blanco y un cenicero lleno de colillas. La arena de debajo de la mesa estaba llena de huesos de aceitunas, lo que provocaba el asedio de las palomas y las gaviotas.

—Que sí, que sí. Que ya no sé escribir. Página en blanco, tío. Estoy acabado y no hay vuelta de hoja. Y por si fuese poco la editorial quiere mi cabeza en una pica. Supongo que son cosas que ocurren cuando no se cumplen los acuerdos y uno se ha limado todo el dinero en copas y caprichos.

—Bueno, pero no pongas esa cara. Ni que te fueses a morir.

—Creo que esto es algo peor.

—Bah. Nada de eso. Será un bloqueo y ya está. Seguro que a muchos artistas les pasa lo mismo. Mira, el mismísimo Juan Luis Guerra dijo hace poco que es incapaz de subirse a un escenario porque asegura tener ataques de ansiedad. Y Macaulay Culkin, o cómo carajo se diga, el de *Solo en casa*, joder. Ese no es capaz de hacer más películas porque dice que no puede

salir de su mansión. Son cosas que les pasan a los artistas. Altibajos, nada más.

—Sí, pero lo mío es un ataque de pánico que dura ya casi dos años, eso no es normal.

Juaje soltó una risotada grave, cálida y reconfortante. La risa que, probablemente, le había otorgado todo lo que tenía en la vida. La sonrisa de la tranquilidad, la sonrisa de todo-va-a-ir-bien-ya-lo-verás. La calma en estado puro que siempre le acompañaba.

Juan Jesús Fernández Garrido y Ramsés eran hermanos, a pesar de que no los unían lazos de sangre. Juaje era, por decirlo de alguna manera, «un hombre muy importante». Un concejal del ayuntamiento de Cádiz. Allí lo conocía todo el mundo. Salía en los periódicos, en la radio y en la televisión. En la final del Carnaval del Gran Teatro Falla, en el Trofeo Ramón de Carranza, en la cabalgata de los Reyes Magos. Siempre que hubiera una noticia que cubriese los festejos de la ciudad, aparecía él detrás de las cámaras. Un hombre catapultado a la fama local y al respeto de los ciudadanos, totalmente merecidos por su trabajo —no como el breve éxito que Ramsés había cosechado haciéndose pasar por escritor profesional—. Sin embargo, lo que realmente le impresionaba de su hermano era la templanza. Su código de conducta inquebrantable. Hacía unos meses que se había casado con su amor de juventud. La misma que había conocido en el instituto y que años más tarde le daría un hijo, Darío, un niño maravilloso dotado de una inteligencia muy superior a la de cualquiera de su edad.

Mientras el escritor en horas bajas dejaba escapar los días tirado en el sofá viendo reposiciones de *Dos hombres y medio* o de *Doctor Who*, su hermano había creado una familia. Un hogar por el que luchar y trabajar para llegar hasta la cima laboral donde se encontraba.

Él tenía una vida.

Y Ramsés tenía que conformarse con la eterna excusa de que Juaje tenía dos años más que él. Así lograba crear una falsa esperanza de que aún tenía tiempo para llegar lejos. «Me lleva dos años de ventaja. Claro que sí, ya lo conseguiré yo».

Le resultaba difícil comprender cómo, a pesar de ser tan distintos, habían compartido los mejores momentos de juventud. En la Plaza de Mina con el balón de fútbol y las pistolas de agua perdían la cuenta del tiempo y los días. Quizá fue eso lo que le engañó: aquella sensación de que todo duraría para siempre. Como si en aquel lugar mágico donde se podían crear campos de batalla imaginarios o escenas del viejo oeste fuese posible zafarse del tiempo y sus estragos. Juntos, desde 3.º de Primaria, habían experimentado el paso de los años, el poderoso fuego del alcohol, el sabor cobrizo de una pelea nocturna y el insufrible dolor de la muerte de un padre. En las malas y en las buenas. Juntos. Amigos que se dedicaban a domar las mañanas de verano, a pescar. A buscar aventuras en las rocas de La Caleta y a enfrentarse a la vida misma.

Bendita juventud que se escurrió sin avisar como el agua entre los dedos de la mano.

—¿Has probado a cambiar de aires? ¿A escapar un poco de la rutina diaria? —preguntó Juaje mientras lanzaba una aceituna al aire y aterrizaba limpiamente en su boca. Ramsés siempre había pensado que algún día moriría atragantado por esa maldita manía de llevarse la comida a los morros como los simios.

—Sí, tío. El año pasado me fui una semana entera a la costa malagueña. Estuve en Benalmádena. Solo. Y lo hice para dedicarme en exclusiva a mi tercera novela. Pero nada. Sin darme cuenta me pasé los siete días tirado en las hamacas del hotel, estudiando la temporada primavera-verano de biquinis y reposando resacas de doce horas.

Juaje dejó escapar una sonrisa compasiva. Después le dio otro generoso trago a la cerveza.

—Y lo que más me jode es que estoy trabajando duro. Hago todo lo posible por sentarme a escribir y, a pesar de todo, no consigo nada de provecho. Eso es lo que me está matando realmente. Es como si se me hubiese olvidado cómo se juntan las palabras. O mejor dicho, como si nunca hubiese sabido hacerlo. A veces pienso que esa es la puta realidad y que mis obras no han sido más que un golpe de suerte.

—Dos novelas no se escriben por un golpe de suerte, hermanito.

—Y yo qué sé. Yo ya no sé qué pensar.

—Pues yo sigo diciendo que lo que necesitas es un marco propicio. Cádiz no está mal del todo, pero quizás sea demasiado monótono para los que vivimos aquí. Además, si lo piensas bien, el clima y la cultura de la costa malagueña no se diferencian mucho de la nuestra. Playa, sol y terrazas en el paseo marítimo. Quizás sea eso. Aunque la última vez no te haya funcionado, estoy seguro de que cualquier cambio de aires te vendría bien. Pero uno de verdad. En condiciones. Creo que los billetes al polo norte no salen muy caros últimamente.

Maldita la gracia que podían hacerle a Ramsés las bromas en ese momento. Se llevó el vaso de cerveza a los labios y se escondió tras él. No supo qué decir. Y por eso no dijo nada. Poca esperanza podía encontrar ya en cualquier consejo o solución. Lo había probado casi todo. Sentía que en los últimos meses había tocado fondo, no podía descender más en la escala de la autoestima. Se había convertido en un protector de las barras de bar, donde se acodaba y dejaba pasar los días entre trago y trago para acabar la noche vomitándose en la camisa o en cualquier otro lugar, por lo general, en las sábanas del pequeño apartamento que apenas podía costearse.

—Supongo que no lo recuerdas, pero te he hablado en va-

rias ocasiones de una casita que heredé de mi tío, en La Carcoma.

—¿En La Carcoma? ¿Y qué cojones es eso?

—Es un pueblo de la Sierra de Cádiz. No me digas que no lo conoces.

—No, nunca he oído hablar de un pueblo con un nombre tan feo. Seguro que no es más que una aldea que solo conocen los cuatro vecinos del lugar.

—Sí, bueno. Es uno de esos pueblos salpicados de casas blancas que te encuentras en las laderas escondidas de la sierra. Un lugar apartado, ideal para que uno se evada y se olvide un poco de toda esta mierda que estamos acostumbrados a pisar día a día. Ya sabes que mi familia materna siempre se ha dedicado a la agricultura y a la ganadería. Mi tío, sin embargo, fue durante toda su vida el cartero del pueblo. Murió hace unos años. Desde entonces la casa está a mi nombre. Siempre fui su sobrino preferido, por no decir el único.

Ramsés guardó silencio durante unos segundos. Alargó la mano para coger una servilleta y limpiarse el bigote húmedo de espuma que le estaba dejando la cerveza.

—Pues la verdad es que no. No recuerdo haberte oído decir nada de una casa en la sierra.

—Eso te pasa por no prestarme atención cuando hablo.

—Venga, tío. No te vayas a poner en plan esposa cascarrabias.

Aprovecharon para dar otro trago a la cerveza. Una aceituna voló por los aires y aterrizó limpiamente, sabedora de su destino, en la boca de Juan Jesús.

—Pues es tuya por una temporada. Si te apetece, claro. Ya sabes que yo estoy liado aquí con el trabajo. Estoy anclado al ayuntamiento y a la familia, por lo que no me moveré de aquí en unos meses. La casita no es gran cosa, pero es acogedora y tiene su encanto. Además, yo sé que a ti te gusta el canturreo de los pajarillos y esas cosas bohemias. Estoy seguro de que

te vendrá bien para sacudirte el estrés y liberar el ingenio. Ya lo verás.

Ramsés se quedó mirando cómo su hermano limpiaba el hueso de la aceituna, rumiándola antes de contestar.

—No sé, Juaje. No sé que decirte. No tengo demasiado dinero, ya sabes...

—¿Pero qué estás diciendo? Olvídate de eso. Para mí será un honor saber que el próximo *best-seller* de todas las librerías internacionales ha sido escrito en mi casa de verano. Lo tienes todo pagado. Solo tendrás que poner para la gasolina y las birras que te tomes. Venga, ámate. Eso sí. Verás que en el pueblo de mi difunto tío la gente es un poco seca, huraña. Sí. Creo que esa es la palabra exacta. Huraña.

—¿Y eso?

—Pues ya te lo he dicho. Piensa en una aldea de apenas cien habitantes. Cualquier turista que vaya allí a pasar unos días será reconocido nada más pisar sus calles. Todo el mundo sabrá que no eres de allí. Es lo único. Es normal, si lo piensas con detenimiento.

—Me estás diciendo que lo tengo difícil para ligar allí, entonces.

—Entre otras cosas.

—Bueno, eso no es nada nuevo.

Juaje casi se atraganta con el hueso de la aceituna. Agarró una servilleta entre toses, lo escupió y lo enrolló como si no quisiese volver a verlo en su vida.

—Eh, tío. No. No te preocupes. Estoy bien, gracias.

—Joder, ¿y qué quieres? ¿Quieres que llame al 061?

—¿Así agradeces mi buena voluntad? Te ofrezco unas vacaciones pagadas en el fabuloso pueblo de La Carcoma, y si me muero atragantado, que me jodan. Te quedas como un pasmarote viendo cómo tu amigo se ahoga.

Se tomaron varias cervezas y recordaron viejos tiempos.

Daba la impresión de que todo iba bien. El sol de aquellos días comenzaba a crear el ambiente veraniego que estaba por venir. Colores vivos, brisa estival, piel bronceada. Las horas pasaron volando en la terraza del chiringuito. El momento del almuerzo se iba acercando. El concejal miró el reloj y volvió a sacar el tema a colación.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Aviso para que preparen la casa o no?

—No sé, no sé. De verdad. Lo único que puedo prometerte es que lo pensaré.

—Está bien. Algo es algo. Cuando lo tengas claro, avísame. Tendría que hacer un par de llamadas para que limpien la casa. Hace mucho tiempo que no la piso. No le vendría mal un repaso antes de que llegases.

—Eso no es necesario. Seguro que está más limpia que mi apartamento.

—No te preocupes. Mi tío era muy querido en el pueblo y a mí me conocen por las visitas que le hacía de pequeño, además, me dejo ver por allí de vez en cuando. No habrá problemas, ya verás. Déjalo en mis manos.

Juaje guiñó un ojo. Otro de los gestos que Ramsés tanto odiaba. Era algo así como: «Tranquilo, que está todo controlado» o «Hazme caso que sé que es lo mejor para ti». Una posición natural en las relaciones madre e hijo. Algo que no debería existir entre dos amigos. Lo dejó pasar y apuró de un largo trago su cerveza.

—Bueno, ¿quién paga?

* * *

Esa noche, bajo el abrigo de la amarillenta luz del flexo de su escritorio, comenzó a escribir unas tímidas líneas sobre un taco de folios.

El ordenador había facilitado el proceso de corrección y envío de los manuscritos a las editoriales. Don Ángel Torres Quesada, uno de los escritores gaditanos con más repercusión internacional con sus novelas de ciencia ficción, le contó una vez, cervezas mediante, que él había tenido que escribir a máquina tres veces el mismo libro: dos copias para la editorial y una de seguridad, para sí mismo, por si se perdía en Correos.

Ramsés tenía la mala costumbre de escribir a bolígrafo. Se encontraba más cómodo con la herramienta entre las manos mientras la tinta se deslizaba febrilmente sobre el papel. Disfrutaba al ver los folios que iba apartando a un lado de la mesa una vez que estaban repletos de líneas ininteligibles, tachones, flechas y asteriscos. Así, cuando pasaba sus textos a ordenador ya estaba haciendo una primera fase de corrección. Dos pájaros de un tiro.

A medida que iban sucediéndose las palabras sobre el papel en blanco, descubrió que su brazo se comportaba igual que si le hubiese insuflado energía eléctrica. ¿Era aquello ilusión? ¿Esperanza? Quizá fuera una oportunidad. La última, además. En todo caso, parecía que la idea de irse a un lugar solitario, alejado de la sociedad, suponía una ocasión irrepetible para enfrentarse a sí mismo y luchar contra sus demonios. Sentía el pulso a las bravas y el corazón en un puño. Notó como si su engranaje orgánico estuviera desengrasándose. Los pistones comenzaban su movimiento cíclico de forma tímida y el motor tendía a hacer esfuerzos por arrancar.

Las neuronas, después de un largo letargo, parecían despe- rezarse de su sopor bañado en alcohol.